



Perfiles Latinoamericanos

ISSN: 0188-7653

perfiles@flacso.edu.mx

Facultad Latinoamericana de Ciencias

Sociales

México

Martínez López, Víctor Hugo
Partidos políticos: un ejercicio de clasificación teórica
Perfiles Latinoamericanos, núm. 33, enero-junio, 2009, pp. 39-63
Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales
Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=11511582002>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Partidos políticos: un ejercicio de clasificación teórica

VÍCTOR HUGO MARTÍNEZ LÓPEZ *

Resumen

Es fama que Moisei Ostrogorski escribió en 1902 el primer libro sobre los partidos modernos. Para él, los partidos han sido exitosos en asegurarse el trabajo de la maquinaria gubernamental, pero han “fracasado miserablemente” en respaldar el poder de los ciudadanos (1964: 539). Los partidos, pensó Ostrogorski, deben desaparecer. Pero los partidos continúan vivos y, de entonces a la fecha, inspiran una gran literatura. Este artículo analiza esa literatura internacional (definición, historia, crisis y *postcrisis* de los partidos). El producto es un ensayo de clasificación teórica útil para estudiantes y especialistas.

Abstract

It is well known that in 1902 Moisei Ostrogorski wrote the first book on modern parties. In his opinion, parties had been successful in ensuring the governmental machinery performance, but they had “failed miserably” in upholding citizens’ power (1964: 539). Ostrogorski thought that parties must disappear, but they are still alive and have, since then, inspired a large body of literature. This article analyzes the international literature (on parties’ definition, history, crisis and post-crisis). The result is a theoretical classification attempt useful to scholars and specialists.

Palabras clave: partidos políticos, perspectivas teóricas, literatura clásica y *postclásica*, agendas de investigación.

Key words: political parties, theoretical approaches, classical and *postclassical* literature, research agendas.

* Doctor en Ciencias Sociales por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Sede México. Profesor en la Universidad Nacional Autónoma de México.

Partidos políticos: un ejercicio de clasificación teórica¹

Mira qué brazos tan largos tengo y por todos sitios no hay más que vacío.” Escrita por el inolvidable Ingmar Bergman (*Imágenes*: 67), esta frase podría firmarla cualquier partido político. Porque los partidos hoy como nunca son fuertes en las democracias pero, no obstante ello, se dice y repite hasta hacer un lugar común, sufren un divorcio con los ciudadanos. Usando esta paradoja como pretexto, exploré en este artículo la literatura partidista internacional (definición, historia, crisis y debates actuales), realizando así un ejercicio de clasificación teórica.²

Para dotar de contenido las partes del texto retomaré cuatro hipótesis difundidas en cien años de bibliografía partidista: 1) los partidos perjudican la democracia, razón por la que deben desaparecer (Ostrogorski, 1902); 2) los partidos de masas son las organizaciones del futuro (Duverger, 1951); 3) los partidos están en crisis y serán sustituidos por movimientos y otras formas de organización social (Lawson y Merkl, 1988); 4) los partidos se han transformado y revitalizado (Katz y Mair, 2002).

Las objeciones académicas a estas hipótesis, haciendo más fascinante el tema, serán parte también del ensayo: 1) los partidos son un fin en sí mismo y no —como creyeran Ostrogorski o Michels— un medio para la realización de ideales políticos (Weber, 1967); 2) ya para los años de la década de 1950 los partidos de masas e ideológicos son una excepción (Kirchheimer, 1954a; Epstein, 1967); 3) la debilidad del partido de masas no conforma una crisis de partido sino su fortalecimiento mediante otro engranaje y desempeño (Webb, 2005); 4) aunque renovados, estables y eficaces, los partidos están de/generando una reprobable “democracia sin *demos*” (Mair, 2006a: 25).

El desarrollo de los puntos previos, atravesando lo que llamo *la literatura clásica y postclásica de partidos* (Martínez, 2008), ofrecerá un inventario de lecturas orientadoras para quien aprecie los partidos como un apasionante objeto de estudio. Pero esta miscelánea, es preciso tenerlo claro, debe leerse con ciertas advertencias:

¹ Agradezco la lectura y el dictamen de los revisores anónimos.

² Este ejercicio restringe su geografía al mundo literario occidental, particularmente Europa y Estados Unidos. Ello obedece a dos motivos y una finalidad: 1) catalogar la producción de academias teóricas tradicionalmente dominantes; 2) estimar dentro de éstas sus propios virajes y autocríticas; 3) ofrecer un reporte —de cara a las investigaciones latinoamericanas— sirva de estímulo para evaluar juiciosamente lo que constituye un acervo sugestivo pero no exento de equívocos, “modas y mitos” (Mair, 1993: 129), y una visión normativa y/o eurocentrista. Trabajos globales sobre partidos en América Latina (que aquí no abordaré) pueden consultarse en Cavarozzi y Abal (2002), Alcántara (2004), Ruiz (2007), y Van Cott (2007).

- El criterio del autor —o como Daalder (1983) lo confesara en su síntesis de la literatura: “la ordenación personal de los temas”— es una variable imposible de soslayar ante la ausencia de una teoría general de los partidos (Katz y Crotty, 2006).
- La incommensurabilidad del universo literario, ya porque en sí misma la bibliografía es inagotable —“cerca de 11 500 textos entre 1945 y 1998”, ¡sólo en Europa occidental! (Bartolini, Caramani y Hug, 1998)—, ya porque su completa aprehensión precisaría abordar ejes interconectados: metodología de estudio; fases de la ciencia política; etapas conceptuales e históricas de la democracia; relación entre teoría, metodología y política real; regímenes institucionales; etcétera.
- En circunstancias así, es obligado que este artículo sea insuficiente. Por su forma: una pedagogía esquemática. Por su fondo: el texto, cobijado en la distinción analítica y factual entre partidos y sistemas de partidos (Duverger, 1957; Sartori, 1980; Janda, 1993; Wolinetz, 2006), se ocupa sólo de la literatura de partidos. Por su meta: desahogar contenidos en el marco de la discusión académica.

Finalmente, otro dato necesario. Este ensayo es un avance del proyecto *Modelos Post-Clásicos de Partidos*. Concebida como un libro para estudiantes que los especialistas apetecan revisar, dicha obra evalúa análisis realizados en Europa y Estados Unidos. Será en otro lugar donde destine la misma labor para el ámbito latinoamericano. Por ahora, pensando en rastrear y describir lo que supone un “(re)examen de las tesis clásicas” (Montero y Gunther, 2002), creo que conocer las novedades postclásicas constituye un aliciente para vigorizar las bases conceptuales con las que estudiamos a nuestros partidos en América Latina.

La (in)definición teórica de los partidos

Definir conceptos es, en ciencias sociales, un problema gordo. Y el de partido es una jaqueca. Sabiendo eso, Ware (1996: 5) trazaría un concepto que juzgaría inconcluso: “el partido es una institución que busca influencia en el seno de un Estado, a menudo intentando ocupar posiciones en el gobierno, y puesto que normalmente defiende más de un único interés social intenta, hasta cierto punto, agregar intereses”. Pero que Ware vea con reparos su definición no es extraño. En 1951 Duverger evadiría definir a los partidos. “Una comunidad de estructura particular” (1957: 11), ¡y nada más!, fue su propuesta conceptual. Panebianco, contagiado por ese síndrome, avalaría en 1982 la ausencia de un concepto que acusara prejuicios analíticos y perjudicase la investigación. Entre las no-definiciones, Hodgkin se llevaría las palmas (1961: 16): “probablemente

es más conveniente considerar a los partidos como todas las organizaciones políticas que se consideren a sí mismas como partidos y que son generalmente así consideradas". Varias razones contribuyen al hecho de que los conceptos de partidos sean abundantes o vagos. Podemos esquematizar con las siguientes tres explicaciones:

1. Los partidos no son lo mismo en todo tiempo y lugar: en Europa y Estados Unidos son incompatibles; así, el viejo partido de corte leninista no es asimilable al actual Partido de Bebedores de Cerveza (Polonia) ni al Partido de Ciudadanos (Cataluña) que en 2006 distribuyera carteles de sus candidatos desnudos. El concepto *partido político* es, pues, un concepto polisémico condicionado por su impronta geográfica, histórica y evolutiva. Michels (1962), que en 1911 definió al socialdemócrata alemán como una oligarquía, se retorcería en su ataúd si leyera que ese mismo partido es ahora conceptualizado como "una anarquía levemente acoplada" (Lösche, 1997: 73).
2. La definición no unívoca de un partido es resultado también de debates académicos sin consenso. Para algunos, los partidos "son un cuerpo de hombres *unidos* para promover, mediante sus esfuerzos conjuntos, el *interés nacional* basados en un principio particular en el cual todos están conformes" (Burke, citado por Sartori, 1980: 28. Las cursivas son mías). Según esto, un partido tendría como cualidades la unidad interna, una tarea normativa y una ideología privativa. Pero ello es negado y combatido por otros conceptos: "los partidos son sistemas de conflictos con subcoaliciones de activistas que abogan por diversas estrategias" (Kitschelt, 1989: 47); "los partidos son un equipo de personas que tratan de controlar el aparato de gobierno" (Downs, 1973: 27); "un partido político no es un grupo de hombres que intentan fomentar el bienestar público 'a base de un principio sobre el que todos se han puesto de acuerdo' [...], un partido es un grupo cuyos miembros se proponen actuar de consumo en la lucha de la competencia por el poder político" (Schumpeter, 1996: 359).
3. El relativismo conceptual, aunque reflejo de debates provechosos, lo es también de la incapacidad de la ciencia política para construir categorías de mayor rigor y exactitud. La delimitación discursiva de los partidos es así un esfuerzo no errático, necesitado de escrutinio analítico y de la prueba y el control empíricos. ¿Qué bases heurísticas forman los conceptos de partido? es, desde luego, una pregunta crítica pertinente.

El debate académico encierra otro punto candente en la definición o no de un partido como organización. Para Ostrogorski, Michels o Duverger, un partido es precisamente una estructura estable. Con esa idea, Panebianco aseguraría que "los parti-

dos son ante todo organizaciones” (1990: 14). Oponiéndose a ello, Epstein (1967: 9) sostendrá que “los partidos son cualquier grupo, aunque laxamente organizado, que busca puestos gubernamentales dentro de cierta etiqueta”; para él, puede leerse en su texto, el concepto partido es aplicable incluso a un sólo individuo que busca ganar puestos públicos mediante la adopción de un nombre partidario para ello.

El debate gana otra cima al discutir si un partido puede definirse por los fines que persigue. Conceptos como “el partido es una institución que busca enlazar al público con el poder político por medio de la ubicación de sus representantes en posiciones de poder” (Lawson, 1976: 3),³ depositan su núcleo en las funciones que los partidos desarrollan. Para una concepción amplia, estas funciones son la selección de elites, la formulación de políticas, la conducción del gobierno, la educación política de los ciudadanos y la intermediación entre individuos y Estado (Merriam, 1922: 391). Para una concepción restringida, la única y auténtica función es “alcanzar cargos públicos” (Key, 1962: 315). Pero este tipo de aproximación, en la que el concepto de partido es una variable dependiente de sus fines, no está libre de reclamos. Al definir así a los partidos, indicarán Duverger, Blondel (1978) o Panebianco, se yerra al olvidar que la lucha electoral es sólo uno de los medios por los que el partido procura sus objetivos.

En 1992 Pomper redactaría un artículo (“Conceptos de Partidos Políticos”) para armonizar la cuantía de formulaciones teóricas. Sin embargo, su empleo de tres vías para catalogar las definiciones (hincapié en elites o masas, objetivos, y estrategias) terminaría contabilizando ¡ocho conceptos distintos de partido! ¿Acaso el problema es insoluble? Aunque no perfecta, Lawson propondría una salida instrumental para tal embrollo: localizar y ponderar las definiciones según su enfoque de análisis.

Con este criterio/brújula, ¿desde qué enfoques analíticos podríamos clasificar las definiciones de partido? Lawson (1976) recomienda cinco: histórico, estructural, de comportamiento, funcional-sistémico e ideológico. Charlot (1987) los reduce a cuatro: estructural, funcional, ideológico y sistémico. Montero y Gunther (2002) discriminan tres: inductivo, funcionalismo y elección racional. En este ensayo consideraré cuatro escuelas o tradiciones de estudio: organizativa, ideológica, funcionalista y *rational choice*.⁴ Contar con múltiples conceptos de partido no es entonces una maldición si los conceptos son evaluados dentro de la perspectiva analítica que predetermina su forma.

³ Todas las traducciones son mías.

⁴ En Martínez (2008) recupero las premisas y contenidos epistemológicos de estas escuelas.

Así las cosas, un concepto como “el partido es una estructura que responde y se adapta a una multiplicidad de demandas por parte de sus distintos jugadores y que trata de mantener el equilibrio conciliando aquellas demandas” (Panebianco, 1990: 36), puede ser entendido como un dibujo teórico elaborado desde la perspectiva organizativa. La afirmación, por otra parte, de que “los partidos son sobre todo organizaciones ideológicas que se han estabilizado a lo largo de conflictos diversos sobre el dogma” (Beyme, 1986: 35), corresponde a un concepto para el que la ideología sería el meollo partidista. La muy conocida definición de Sartori (1980: 92), “los partidos son cualquier grupo político que se presenta a elecciones y que puede colocar mediante elecciones a sus candidatos a cargos públicos”, encarna una idea propia de la escuela funcionalista. Finalmente, conceptualizar a los partidos, como hace Krehbiel (1993) en un título que es toda una declaración de intenciones (“Where is the party?”), como *fracciones de políticos sin ninguna estructura organizativa*, será, por su acento en las ambiciones individuales de quienes lo conforman, una definición sintomática del enfoque de la elección racional. Si los partidos son susceptibles de ser estudiados desde diversos acercamientos, no resulta raro que sus retratos conceptuales no den lugar a un cuerpo teórico homogéneo sino, por el contrario y fortuna, a un rico e ilimitado debate. Ocurre así en todo caso con la misma ciencia política, cuyo más reciente estado de la cuestión presume sin culpa la heterogeneidad de sus enfoques y rumbos (Katznelson y Milner, 2002: 1-2).

Historia literaria

Agotar el cofre literario de los partidos es imposible. Con toda parquedad, lo que puede hacerse es apenas: *a*) dividir salvajemente la información en etapas (inicios, fase clásica, crisis, actualidad); *b*) hilvanar apuntes con un ángulo selectivo y no comprensivo; *c*) esperar, si el intento sale bien, que el lector sea seducido por la curiosidad de atender el desfile de citas bibliográficas. Con ese afán, comienzo con tres notas introductorias: 1) Ostrogorski escribió en 1902 el primer libro sobre la materia; 2) LaPalombara y Weiner afinaron en 1966 la mejor síntesis de las teorías sobre el origen partidista; 3) para la década de 1950, el estudio de los partidos se consolidaría.

Los orígenes de los partidos

¿Cuándo nacen los partidos y qué teorías explican su origen? Para dos preguntas, dos respuestas. Veamos. Los partidos son un fenómeno contemporáneo. Sus antecedentes

tes no van más allá de la segunda mitad del siglo XIX. Para Duverger (1957: 15) los partidos “en el sentido moderno de la palabra no existen antes de 1850”. Para Weber (1967: 128) “los partidos son hijos de la democracia, del derecho —aprontado la víspera del siglo XX— de las masas al sufragio”. Para hablar apropiadamente de partidos será preciso entonces observar la irrupción de algo diferente a los clubes, logias o grupos del siglo XVIII carentes de las características inéditas de un partido: “una organización permanente no sujeta a la muerte del fundador; una estructura que conecte unidades nacionales y locales; una determinación de ejercer el poder; una voluntad de mantener el poder mediante el apoyo de militantes y electores” (LaPalombara y Weiner, 1966: 6).

La transición de clubes a partidos políticos, convienen también especialistas, no será un proceso terco sino difícil y enfrentado a distintas oposiciones. La más férrea: los partidos dividen “facciosamente” a la sociedad. Contra esa desventaja, los partidos, portadores de “un comportamiento político disidente frente al sistema de normas vigente” (Beyme, 1986: 17), tendrían que labrarse un lugar en la esfera política.⁵

Los teóricos, puestos de acuerdo en las señas *sui generis* o en el advenimiento de los partidos ligado al sufragio masivo, no lo estarán, sin embargo, en la relación de éstos con la democracia. ¿Los partidos la potencian o la lastiman? Como lo muestra la literatura más peregrina, esta cuestión merece opiniones ambivalentes. Para los primeros (Ostrogorski, Michels), los partidos menoscaban la democracia. Para otros, la democracia será viable justamente por ellos (Duverger). A medio camino entre el desafecto y la apología, otros dirán asépticamente que los partidos habrían sido sólo “un mecanismo efectivo para movilizar y representar al conjunto masivo de las personas” (Crotty, 2006: 26). Desde los inicios de la literatura, el nexo partidos-democracia discurre así por sendas contradictorias sin arreglos definitivos.

¿Qué teorías explican la aparición de los partidos? La mejor respuesta académica a esto es la de LaPalombara y Weiner (1966: 3-42), quienes aportan un esquema donde se pueden ubicar las propuestas de Weber, Duverger, Neumann (1965), Sartori, Beyme o Lipset y Rokkan (1967). Esta película conceptual consiste en tres teorías rotuladas como *la teoría institucional*, *las teorías de crisis*, y *la teoría de la modernización*.

La *teoría institucional* —su nombre lo anticipa— se centra en un plano institucionalista, concretamente en el vínculo parlamentos-emergencia de partidos. Así es como se postula que el origen de los partidos obedece al desarrollo de los sistemas parlamentarios y a la extensión del sufragio popular. Autores como Sartori (1980: 48),

⁵ Como todo relato antológico de partidos parece inevitable que recuerde, Sartori (1980: 19-35) resuelve en *Partidos y sistemas de partidos* el deslinde conceptual entre partidos y facciones.

sitúan de este modo el arranque de los partidos en la transformación de grupos aristocráticos que, forzados por las reformas institucionales del sufragio (1832, 1867 y 1884), debieron “buscar la adición de un partido electoral, un instrumento de acopio de voto”. Para decirlo con Duverger:

el desarrollo de los partidos parece ligado al de la democracia, es decir, a la extensión del sufragio y de las prerrogativas parlamentarias [...] el mecanismo general de esta génesis es simple: creación de grupos parlamentarios, en primer lugar; en segundo lugar, aparición de comités electorales; y, finalmente, establecimiento de una relación permanente entre estos dos elementos (1957: 15-21).⁶

Las teorías de crisis. Los partidos, se afirma aquí, brotan de conflictos como guerras, depresiones económicas, explosiones demográficas, etcétera (LaPalombara y Weiner, 1966: 14). Tales coyunturas apuran crisis de legitimidad, de participación e integración sociales, cuyo fruto, puesto en jaque un viejo orden, es la confección de partidos para encauzar las nuevas demandas. Esta idea alentaría la hipótesis de Lipset y Rokkan (1967: 1-64) sobre la formación de los estados nacionales. Los partidos y sus sistemas, proponen estos autores, surgen de escisiones o fracturas históricas conectadas con la construcción estatal: división entre el centro y la periferia (partidos nacionales *versus* regionales); entre tendencias eclesiásticas (partidos religiosos) y seculares (partidos no confesionales); entre ciudades y el campo (partidos urbanos *versus* campesinos); entre el trabajo asalariado y el capital, ruptura que estimula la formación de partidos obreros y empresariales.

La teoría de la modernización. Los sistemas políticos, arguyen LaPalombara y Weiner (1966: 19-30), atraviesan por muchas reformas institucionales y crisis históricas, pero la formación de partidos no fue siempre su derivación. Los partidos, entonces, podrían ser más bien secuelas de cierto proceso de modernización en virtud del que: los ciudadanos decidirían influir en el poder; una parte de la élite gobernante aceptaría ganarse el apoyo público; y los cambios socioeconómicos, la proliferación de clases profesionales, el incremento en los niveles de información o el apogeo de mercados y de la tecnología, harían indispensable la fundación de los partidos como “manifestación y condición de la modernidad”.

⁶ Para completar esta versión literaria, Weber (1967: 125-129) tiene páginas también fundamentales, con cuya suma el lector quedará mayormente enterado del paso de los partidos aristocráticos (de notables, “de cuadros”, o “de creación interna”) a los partidos modernos (de masas, populares, o de “creación externa”).

Ninguna de estas teorías puede jactarse de un rango universal de explicación. Consciente de ello, Duverger (1957: 16) no dejaría de admitir la impureza de su propia hipótesis. La teoría institucional, la más ascendiente, es, por ejemplo, refutada por los casos donde la “parlamentarización” fue producto, y no causa, del origen de los partidos (Scarrows, 2006: 17-18). Con todo, el concierto de estas teorías permite entender que los partidos habrían florecido por la desintegración del *ancien régime*, ahí donde el desmantelamiento de un orden político ajado los convocara como canales de enlace entre el Estado y la sociedad civil de un moderno régimen de gobierno.

La ¿época gloriosa? del partido de masas

Duverger publicó en 1951 *Los partidos políticos*, un libro clave para conocer al *partido de masas*. Este autor, cuyo estudio siguió un método organizativo, los consideraría un aliento para la democracia. El mismo dictamen lo avalaría las escuelas ideológica, funcionalista y racional. En este apartado recreo al partido de masas durante una era clásica que, vista críticamente, nutriría cierta mitología (“abstracciones heroicas”, diría Kitschelt) sobre un supuesto pasado glorioso que los partidos habrían traicionado.⁷

Situado entre el Estado y la sociedad civil, el partido de masas ostentaría rasgos internos (organización doméstica) y externos (roles en el ambiente social) peculiares. En cuanto a lo primero, éste tendría gran número de militantes de los que obtendría casi la totalidad de su financiamiento. Ese lazo ampararía una mecánica articulada entre líderes y bases, cuyo funcionamiento fue dependiente de un órgano extraparlamentario (“el aparato”) creado para velar por la cohesión. Fuertemente disciplinados, estos partidos ofrecerían a sus miembros una prominente integración social. Cataapultados además por conflictos de clase, serían ideológicos, programáticos y capaces de cumplir una notable tarea de representación. Sus estructuras, localmente fincadas y enlazadas, asegurarían el contacto entre masas y líderes. Dirigida a sectores electorales predefinidos y bien limitados, esa función favorecería la movilización de determinado grupo social. Debido a ese rol, los partidos de masas fungirían como canales mediante los que los grupos sociales participarían en la política formulando demandas al Estado. En suma: los partidos de masas comportarían una plataforma organizativa sólida y

⁷ Como he dicho antes, el tratamiento de los partidos se circunscribe aquí al marco del debate bibliográfico. En otras palabras: mi intención no es calificar de ilusorio a un tipo de partido con existencia plena y documentada. Sobre el partido de masas se montaría, empero, un relato literario (partido de masas = modelo normativo, luego del que los partidos faltan a su esencia) que vería en sus cambios una discutible crisis insoluble de los partidos.

extensa, claros vínculos identitarios con el electorado, estrategias político-ideológicas y bases electorales estables en el tiempo.

Esos atributos, hay que resaltarlo, empatarían con un tejido social muy específico: una estructura socioeconómica con escisiones polarizadas; una concepción de la política centrada en la competición entre partidos que encarnaban esas escisiones (*cleavage*); una visión de la democracia que (aún) no ceñía la lucha política a un pér-dulo sólo electoral. En tales condiciones, la literatura clásica legaría cualidades francamente románticas del partido de masas: su mayor interés, antes que ganar votos, en “promover valores espirituales y morales en la vida política” (Duverger, 1957: 29); la creación (a efecto de la pasión por los partidos) de “células de a bordo que reúnen a los marinos en un mismo navío” (Duverger, 1957: 57); “el contagio, entre partidos de derecha, del modelo organizativo de los partidos de masas de izquierda” (Duverger, 1957: 19).

¿Qué tanto de cierto y de mito hay en esta bella imagen? Buceando en la literatura podemos encontrar reportes que desacralizan la leyenda de una época gloriosa. El primero arranca incluso en el momento en que los partidos comienzan a ser estudiados. Para Ostrogorski (1902), Michels (1911) o Weber (1922), los partidos, lejos de cualquier idealización, habrían sido desde su origen criaturas bastante parecidas a la idea que hoy tenemos de ellos. Ostrogorski y Michels los calificarían, respectivamente, como máquinas devoradoras de la democracia en las que la oligarquía era una ley de hierro. Weber (1979: 228-229), menos normativo y drástico, estimaría que “los partidos tienen como fin proporcionar poder a sus dirigentes (y sus) programas objetivos no es raro que sólo sean medios de reclutamiento para los que están fuera”.

Un segundo contrargumento, que riñe directamente con las tesis de Duverger, provendría de la pluma de Epstein en 1967:

los partidos no se definen, contra lo que Duverger pensara, por su grado y fortaleza de organización (1967: 11); la teoría partidista de Duverger falla al proponer cierto tipo de partido como el correcto y ejemplar (1967: 351); el partido socialista de masas es sólo producto de un tiempo y un lugar limitados, por lo que Duverger yerra al proclamar un “contagio de izquierda” por el que los partidos de cuadros —de derecha— imitarían a los de masas (1967: 354-355).⁸

⁸ Diamant en 1952, y Lavau en 1953, iniciarían la denuncia de falacias teóricas y metodológicas en Duverger. McKenzie (autor en 1958 del libro clásico de mayor repercusión en Inglaterra) discreparía con la distribución del poder interno: en el grupo parlamentario, y no en el aparato extraparlamentario, dirá éste, reside el poder partidario. Wildavsky (1959), sin embargo, es la fuente más reputada. Duverger, tal vez aquí la quintaesencia de

Una tercera disonancia sería aportada por Kirchheimer. Con ésta iniciaré el próximo apartado. Para cerrar éste, una reflexión: revisitada la bibliografía clásica de los partidos, no existió nunca un sólo modelo de partido ni un enfoque analítico único. Más aún, si atendemos a los fundadores de la literatura tampoco hubo una edad gloriosa. De la literatura clásica puede extraerse la impresión de que los partidos no fueron en lontananza demasiado diferentes a lo que hoy son. Visto en perspectiva amplia, quizás el añorado partido de masas habría sido, como el *Welfare State*, más un fenómeno excepcional que una constante histórica. Enfocarlo así, revisando lugares comunes que alguna vez fueron felices, cuestiona la melancolía por una etapa heroica de los partidos. Pero la melancolía, se sabe por canciones (Sabina) y otras fuentes, glorifica recuerdos de los que no es agradable desprenderse.

La ¿crisis? de los partidos

Entre las décadas de 1950 y 1960 surgiría una hipótesis que iluminó la noción de crisis partidista: el paso de “los partidos de masas de integración clasista o confesional a partidos de masas *catch-all*”, apuesta formulada desde 1954 por Kirchheimer y (re) publicada en 1966 en un libro de LaPalombara y Weiner.⁹ Este apartado telegrafía un ciclo literario (de la década de los sesenta a la de los noventa) en el que, resonando el relevo de los partidos de masas por los *catch-all*, los especialistas abrirían dos líneas de estudio: la crisis de los partidos como un ocaso inminente; y la *cortaziana* “crisis del concepto crisis de los partidos”. Tal debate, inspirado por la naturaleza del cambio que los partidos vivirían (*crisis/declive versus crisis/revitalización*), tendrá sus simientes en la asimilación académica de Kirchheimer como un teórico de la decadencia partidista o, por el contrario, de la adaptación de los partidos a los cambios sociales.¹⁰

Kirchheimer, suele resumirse, teorizó el cambio de los partidos de masas a los *catch-all parties*, proceso en virtud del que los partidos alteran sus estrategias, desplazan su

sus refutaciones, habría hecho en 1951 más una *predicción* que una *descripción* del partido de masas (Scarow, 2000: 90-94).

⁹ La usual referencia de este dualismo como el tránsito de “los partidos de masas a los partidos *catch-all*”, provoca una lectura de Kirchheimer viciada de origen. Para éste, los *catch-all parties* no han dejado de ser partidos de masas, sino partidos que, por perder su sello clasista o confesional, no promueven más una verdadera integración social. Por economía de lenguaje me referiré a ellos simplemente como partidos *catch-all*, pero el lector debe tener presente esta aclaración.

¹⁰ En Martínez (2007), a estas interpretaciones sumo otras dos lecturas politológicas de Kirchheimer: *oposición* (diatriba teórica y metodológica que niega la existencia de partidos *catch-all*); y *validación* (reformulaciones que, dando por cierta la hipótesis, exploran su evolución hacia otras tipologías de partido).

centro de poder de los miembros a las élites y compiten con un pragmatismo que erosiona su ideología. Pero aunque cierta, una síntesis como ésta es proclive a tres equívocos: ignorar la condición inconclusa y en vías de reformulación de la hipótesis de Kirchheimer;¹¹ desconocer las impugnaciones de colegas académicos (Tarrow, Wolinetz, LaPalombara, Daalder, Dittrich);¹² y simplificar lo que en el artículo de Kirchheimer es de mayor complejidad.¹³

El análisis de Kirchheimer es sinuoso al menos por dos motivos. El primero es la cantidad de temas que enuncia pero no necesariamente desarrolla: crisis de la política, cambio social, cambio cultural, cambio electoral, cambio partidista, crisis de partidos. Sobra decir que el corazón de la hipótesis *catch-all* depende del hilado de todos estos asuntos. ¿El partido *catch-all* promueve el cambio social o lo padece; precipita o se resigna a la crisis de la política; celebra o sufre las nuevas actitudes culturales?

Kirchheimer ofrece, además, una redacción confusa. El partido *catch-all*, por ejemplo, es nombrado indiscriminadamente como *conservative catch-all party*; *democratic catch-all party*; *catch-all people party* o *catch-all mass party*. *Catch-all* (“atraza todo”, ha sido referido en español) es un concepto que designa cambios partidistas de tipo organizativo, ideológico, funcional, electoral. Pero, ¿existe alguna secuencia en estos cambios o su aparición es simultánea? De igual modo, y el propio Kirchheimer se encargaría de enredarlo, las causas por las que un partido *catch-all* aparece son ambiguas y hasta contradictorias en su estudio.¹⁴

Resumir a Kirchheimer no es, pues, asunto fácil. Y tanto no lo es que su hipótesis con frecuencia se tergiversa. Ya mencioné el equívoco de la falsa dualidad entre partidos de masas y *catch-all*. Pero hay otro más grave. ¿Los partidos *catch-all* promueven en primera instancia la desideologización de la política o, desafiados por una desideologización previa y derivada de otros sitios, resienten como ninguna organización política ese proceso? A decir por lo que Kirchheimer escribiera (pero en contra de muchas de

¹¹ Sólo dos años antes del rescate de su artículo en la compilación de LaPalombara y Weiner, Kirchheimer había presentado en Italia, con el mismo título, una conferencia con diferencias sustantivas con el famoso texto de 1966 (Krouwel, 2003). Para contextualizar el trabajo de Kirchheimer véase la excelente antología de sus textos editada por Burin y Shell (1969).

¹² En 1983, resumiendo el *quid* de las críticas más severas, Daalder llamaría al partido *catch-all* un concepto impreciso con dudoso valor científico. “¿El partido *catch-all* es una tendencia irreversible o sólo un recurso para ganar apoyo electoral por encima de clientelas tradicionales?” (Daalder, 1983: 23). Críticas todavía más punzantes en Dittrich (1983).

¹³ La lectura reduccionista de Kirchheimer se vería impulsada en México por un factor particular: su traducción demoraría hasta 1980, en la forma de una versión inexacta y mutilada (un título diferente, errores importantes de traducción, seis páginas menos con respecto al texto original).

¹⁴ Cf. Kirchheimer (1966: 185-191), donde el autor afirma, niega, y vuelve después a afirmar, la posible existencia de leyes causales para el nacimiento de los partidos *catch-all*.

sus recensiones), su ensayo primaría lo segundo: “the catch-all parties in Europe appear at a time of de-ideologization which has substantially contributed to their rise and spread” (1966: 187. Las cursivas son mías).¹⁵

“Los partidos *catch-all* aparecen en un período de desideologización que ha contribuido sustancialmente a su ascenso y expansión”, será de esta forma una frase que recalca dos dinámicas: una desideologización social *ex ante* como origen de los *catch-all parties*; y una desideologización partidista *a posteriori* como adaptación a “un mundo transfigurado” (Kirchheimer, 1966: 199). El *mundo transfigurado*, causa explicativa de los *catch-all*, conllevará para Kirchheimer una premisa de cambio social: si la prosperidad económica de la posguerra rompe las históricas escisiones de conflicto, mengua el magnetismo ideológico y debilita a los partidos clasistas y confesionales, dicho cambio estructural modifica el rol y la mecánica de los partidos. “Tras la segunda guerra mundial se hizo inevitable el reconocimiento de las leyes del mercado político [...] el partido de integración, producto de una época de diferencias de clase más profundas y estructuras confesionales más reconocibles, está sometido a la presión de convertirse en *catch-all*” (Kirchheimer, 1966: 184 y 190).

Un partido *catch-all*, condensará Kirchheimer (1966: 190-191) en un párrafo muy citado, tendría como marcas: 1) reducción del bagaje ideológico; 2) fortalecimiento de los grupos de dirección; 3) devaluación de la militancia; 4) reemplazo de un electorado clasista o confesional por uno heterogéneo; 5) lazos con una variedad de grupos para asegurar mayor apoyo electoral. Estos cambios —sigo la diagnosis de este autor— serán inducidos por un medio inhóspito a la ideología clasista o confesional, en el que “el desarraigo político ciudadano y la pérdida de militancia entre personas más atraídas por deportes y bailes” (Kirchheimer, 1954a: 314-317), gravitarán en la transmutación de los partidos hacia instrumentos racionales para la realización de intereses pragmáticos. Conseguir un éxito electoral inmediato, cuando la integración social de *la cuna a la tumba* de la que hablara Neumann (1965) ha dejado de ser factible, será entonces una reacción partidista para amoldarse a un nuevo orden social.¹⁶

En suma, para 1954, año en que por primera vez Kirchheimer (1954a) emplea el concepto *catch-all party*, éste invertirá la tesis de Duverger para presentar a los partidos

¹⁵ La idea errónea de que los partidos *catch-all* son para Kirchheimer promotores originales de la desideologización podría venir de una imprecisión en la castellanización del texto. En ésta, el verbo “*appear*” es traducido como “se encuentran” (Kirchheimer, 1980: 333), lo cual, a diferencia de “aparecen”, permite una lectura que da al partido *catch-all* un papel proactivo, en vez de reactivo, en la desideologización.

¹⁶ Kirchheimer visualizará esta transformación partidista con un acentuado dejo nostálgico y desencanto moral. Sobre esto, véanse las dos últimas páginas de su ensayo.

ideológicos como una etapa transitoria dentro de una evolución general hacia *carteles* electorales incapaces de revolucionar el *statu quo*.¹⁷ Como George Orwell, cuya obra fue creada mucho antes de que en 1926 se inventara la asociación de palabras (*science fiction*) que describió el género del que fue precursor, Kirchheimer, adelantándose también a su tiempo, plantearía sagaces intuiciones (*catch-all*, partidos cartel, subordinación partidista a poderes fácticos) sobre la transformación partidista.

El debate por la crisis de los partidos

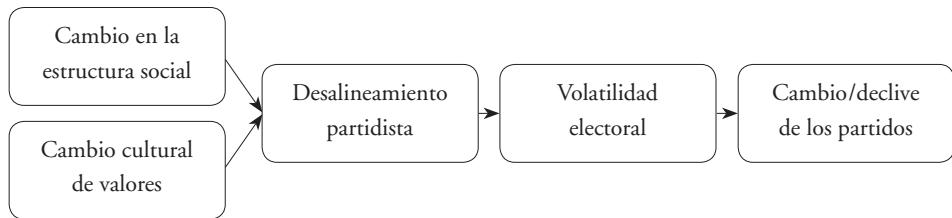
Pasemos a un debate ligado al parteaguas de Kirchheimer: ¿el cambio de los partidos anuncia su declive o fortalecimiento? Para algunos, la devaluación de la ideología y la militancia serán muestra de un declive (Schmitter, 2001). Para otros —lectores de Kirchheimer como un visionario de la capacidad adaptativa de los partidos— los cambios partidistas significarán su mayor equipamiento para responder a los desafíos sociales (Wolinetz, 1991).¹⁸ Si todo punto de vista es la vista desde un punto, la supuesta crisis de los partidos perfilará dos escuelas (Appleton y Ward, 1995: 114): la de los *declinists* (teóricos del declive, descomposición o deterioro partidistas), y la de los *revivalist* (defensores de la adaptación, la metamorfosis o la revitalización de los partidos).

Entre la década de 1960 y finales del siglo XX (debo ahorrarme el relato), el mundo transitó de una época de cambios a un cambio de época. La literatura partidista, atenta a los vuelcos sociales que los partidos han debido enfrentar, prohijaría un diálogo entre dos prefijos, “post” y “de”, que aluden a un momento de evolución o de franca crisis. En sociedades (post)industriales o (post)materiales, los partidos sufren un desajuste ante cambios que los llevan a su (de)clive o (des)composición (Inglehart, 1977; Dalton *et al.*, 1984; Lawson y Merkl, 1988). El cambio social forzaría así el cambio/crisis partidista. Aspectos como la fragmentación de las identidades colectivas, la pérdida de confianza en las instituciones de la democracia, el crecimiento de los sentimientos antipartidistas, el surgimiento de movimientos sociales con mayor capacidad de representación, la pérdida de votos o la volatilidad electoral, serían síntomas inequívocos del crepúsculo y la

¹⁷ El concepto *partido cartel* ha tomado relevancia en la discusión contemporánea a partir del trabajo de Katz y Mair (1995). También desde 1954, Kirchheimer intuiría ese modelo partidista (1954b).

¹⁸ Páginas atrás mencioné a Wolinetz como uno de los detractores de Kirchheimer. Pero ello obedece a la reconsideración que éste haría de su lectura inicial del partido *catch-all*. En 1979 su primer análisis, *The transformation of Western European party systems revisited*, refuta el trabajo de Kirchheimer. Su segundo análisis en 1991, *Party system change: the catch-all thesis revisited*, su título lo declara y sus contenidos lo confirman, opera un viraje en sus evaluaciones. Wolitez volverá sobre el tema en 2002 (“Beyond the catch-all party: approaches to the study of parties and party organization in contemporary democracies”). Sobre ello, véase Martínez (2007).

Esquema 1 Cambio/declive de los partidos



Fuente: Crewe y Denver (1985: 16).

Frente a un juicio como el previo, la controversia emanará de cuestionar las premisas de lo que Strøm y Svåsand (1997: 4) llaman “la visión sombría y los tratados catastrofistas de los partidos”. La réplica esgrimirá como contrarargumentos:

- La continuidad y no derrumbe de las escisiones tradicionales. El nivel de volatilidad electoral históricamente inferior y no mayor. El cambio electoral como indicador espurio de cambio partidista: la volatilidad electoral no garantiza el cambio partidista ni su ausencia lo excluye (Mair, 1993).
- La estabilidad de los partidos tradicionales, potenciada por la institucionalización de sus escisiones competitivas y por el magro rendimiento electoral de los nuevos partidos (Mair, 1997).
- La definición de la crisis partidista como un proceso de adaptación y fortalecimiento que, en palabras de Aldrich (1995: 160), obligaría a sustituir el prefijo “de” (declive, decaimiento, descomposición) por otro de significado opuesto: (*re*)emergencia, (*re*)vitalización, (*re*)surgimiento de los partidos.

“Si el rol de los partidos continúa declinando, atestiguaremos su eclipse o su reemplazo por otras instituciones que vinculen más efectivamente a los ciudadanos con su gobierno” (Flanagan y Dalton, 1984: 13). “Las consecuencias hipotetizadas por la literatura del declive partidista son demagógicas y extremistas” (Reiter, 1989: 326).

Alegatos tan dispares como éstos avispan el debate por la crisis partidista. La raíz del problema, identifiquémosla, anida en una ecuación que mientras para unos es una sentencia cristalina, para otros es más bien una pregunta con tendencia a una respuesta negativa. La ecuación es ésta: *Cambio Social = Cambio Electoral = Crisis Partidista*. Por supuesto, aseveran los teóricos del declive. No necesariamente, contrarrestan los teóricos de la adaptación de los partidos. El asunto, además de una riña metodológica en torno a la causalidad del cambio en los partidos, recorre otra línea de desencuentro: la de la profundidad, mayor o menor, de los cambios sociales y cambios electorales que repercutirían sobre la decadencia, o el reforzamiento, de los partidos (cuadro 1).

Cuadro 1
El debate por la crisis de los partidos

Aserto o pregunta sobre la relación	<i>Cambio social</i>	<i>Cambio electoral</i>	<i>Cambio partidista</i>
<i>Declinists</i>	Radical en sus consecuencias	Extremo	Declive Decadencia Desfallecimiento
<i>Revivalists</i>	Considerable, más no radical en sus efectos	Limitado	Adaptación Transformación Fortalecimiento

Fuente: Martínez (2008).

La discusión literaria por la crisis de los partidos, vemos así, es de una complejidad endiablada. Dentro de ella, varios niveles están en juego: *a)* un debate subyacente, teórico y metodológico, sobre la conceptualización y la “operacionalización” del cambio partidista; *b)* una suerte de (meta)debate sobre la visión teórica y práctica de la democracia y el papel en ella de los partidos; *c)* una cantidad ingente de temas interconectados (neocorporativismo, nuevos movimientos sociales, identificación partidista, valores culturales, organización y funciones de los partidos, etc.); *d)* para terminar de liarla, hipótesis de consumo rápido y corta duración.¹⁹ Que los partidos cambiaron es algo que nadie niega, pero si ese cambio es una adaptación o un declive desencadena un candente desacuerdo académico.

¹⁹ Baste un ejemplo de ese vértigo: una vez planteada la hipótesis del surgimiento de los partidos ecologistas como la emergencia de un nuevo y radicalmente diferente tipo de partido (Poguntke, 1987), en la actualidad se estudia como un fenómeno inscrito en la normalidad de los partidos convencionales (Scarrows, 2002).

Debates contemporáneos

Desarrollado en los últimos 30 años del siglo XX, el debate por la crisis partidista parece tener un epílogo incontestable: a pesar de sus obituarios literarios, el cadáver de los partidos no apareció por ninguna parte. La capacidad darwinista de éstos para persistir abriría entonces como línea de estudio “las transformaciones partidistas contemporáneas”. En ese renglón, la propuesta más popular es la de un modelo emergente definido por Katz y Mair (1995, 2002) como *partido cartel*. Contemplado como un “nuevo” estadio en la evolución partidista, dicho partido manifestaría una interpenetración entre el partido y el Estado (los partidos dejan de ser agentes de la sociedad civil para convertirse en agencias estatales), un patrón de colusión interpartidista (los partidos dejan de rivalizar para más bien cooperar entre sí), y una estructura interna *estratárquica* en la que cargos locales y élite partidista son autónomos entre sí. La ayuda/financiamiento estatal, ahí donde los actuales partidos dependen económicamente de los recursos públicos, habría acelerado esta metamorfosis.²⁰

Con los partidos cartel, agregan Katz y Mair, daría inicio un período en el que los fines de la política se hacen más autorreferenciales, la política deviene una profesión alejada del ciudadano común y corriente, y los partidos, gracias a la adopción de canales tecnológicos de comunicación (campañas personalizadas y mediáticas), serían cada vez más poderosos pese a sufrir una hemorragia de militantes prescindibles para remitir sus mensajes al electorado. Eficaces pero decrecientemente legítimos en el ánimo ciudadano, los partidos cartel —indican también estos dos autores— podrían ser causa, y no remedio, del malestar contra la democracia partidista. “En el modelo cartel existe una percepción creciente de que la democracia electoral debe ser vista como el medio por el que los gobernantes controlan a los gobernados, y no al revés” (Katz y Mair, 1995: 22).

Recientemente, retomando esta última advertencia, Mair (2006a) situaría a los partidos como responsables de fomentar *una democracia sin demos*, esto es, sin el ingrediente de apoyo y respaldo popular que debiera ser imprescindible. El punto, puesto en la mesa por quien más ha escrito en favor de la no-crisis partidista, resulta

²⁰ Pese a su atractivo y posible aplicación en casos nacionales (*cfr.* Reveles, 2008), la hipótesis del partido cartel merece un análisis sosegado que pondere su fortaleza o su flaqueza teórica, metodológica y empírica. Koole (1996) y Detterbeck (2005) lanzan con tino objeciones no despreciables: *a)* Katz y Mair no ofrecen un concepto claro sino características que describen, pero no definen, al partido cartel; *b)* una propiedad sistemática (un cartel en el nivel del sistema de partidos) no debería utilizarse para referir partidos individuales; *c)* basada más en especulaciones que en pruebas concluyentes, la introducción de un nuevo tipo ideal no tiene justificación; *d)* la propuesta no esclarece cuándo el modelo cartel se confunde o se distingue de otros tipos de partidos; *e)* escasa claridad sobre los factores causales del desarrollo de partidos cartel.

paradigmático de una franja académica crucial: la necesidad, presente en las nociones sobre “la calidad de la democracia” (Morlino, Schmitter, O’Donnell, etc.) y en alusiones a las obligaciones sociales y no sólo gubernamentales de los partidos (Sartori, 2005), de evaluar la relación partidos-democracias, no sólo ya con criterios de eficacia y utilidad sociales, sino también con premisas y contenidos normativos.

El partido cartel, inmerso en esa discusión, forma parte de otro debate capital: la actualización de las teorías utilizadas para estudiar partidos. Con un título poético, *Political Parties: Old Concepts and New Challenges*, Gunther, Montero y Linz lanzarían en 2002 el reto analítico de (re)pensar la vigencia de los conceptos y autores clásicos. Discusiones sobre la solidez epistemológica del partido cartel; la fiebre tipológica que embriaga los análisis (partidos de cuadros, de masas, *catch-all*, cartel, *people's party*, *catch-all plus*, posmoderno, ómnibus, empresarial);²¹ la conceptualización de la institucionalización partidista más allá de lo que Panebianco estipulara en 1982 (Randall y Svåsand, 2002; Freidenberg y Levitsky, 2007); la construcción de una tipología de sistema de partidos que trascienda la de Sartori de 1976 (Mair, 2006b; Wolinetz, 2004 y 2006); la renovación del *rational choice* hacia una versión más blanda y heterodoxa; el rearmado de un (neo)funcionalismo apropiado para los roles actuales de los partidos (Lawson y Poguntke, 2004); la disección analítica de los partidos en varias dimensiones (Katz y Mair 1992 y 1994; Webb *et al.*, 2002); la edificación de una teoría propia para las nuevas democracias que no importe mecánicamente avances de la literatura europea (Biezen, 2003) o la (re)consideración de vacíos en las teorías del origen de los partidos son, entre otras, avenidas promisorias de investigación académica.²² Por cuanto pueden aportar a la renovación de las bases conceptuales con las que estudiamos a los partidos en América Latina, inventariar y atender críticamente estos reajustes académicos es, sin duda, una labor sustantiva.

Conclusiones

Este itinerario teórico no podía ser sino insuficiente, pues la literatura partidista no cesa de expandirse. Por ello, so pena de marear al lector con un cúmulo de referencias bibliográficas, mi objetivo fue montar una miscelánea de lecturas orientadoras que

²¹ Gunther y Diamond (2001) proponen 15 tipos de partido, exceso que Krouwel (2006: 256) vincula con “lo errático del proceso teórico relacionado con la transformación de los partidos”.

²² Algunos de estos estudios pueden consultarse en el nuevo *Handbook of Party Politics* (Katz y Crotty, 2006). Para el caso concreto de una nueva tipología de sistemas de partidos debe aguardarse un próximo libro de Wolinetz, *Parties and Party Systems in the New Millennium*, en el que este autor completará sus avances ya publicados.

permitiera conocer y contraponer las diferentes perspectivas relacionadas con el tema. El resultado es un arbitrario pero razonado ejercicio de clasificación, del que es posible ahora extraer algunas conclusiones.

La literatura teórica de partidos conforma un elenco con útiles premisas de análisis, pero su mejor uso práctico va más allá de su sólo conocimiento y su aplicación inercial. En la fijación discursiva y empírica del concepto de partido —no puede esto obviarse— subyace una disputa irreductible a la sola trama científica.

La falta de una teoría general de partidos es así explicable por la pluralidad de enfoques de la ciencia política que en el caso de los partidos se reflejan y prolongan. Ninguno de estos enfoques es ajeno a reduccionismos. Si un partido es una creatura organizativa, funcional, ideológica o racional es, en todo caso, una interpretación que sacrifica la totalidad del fenómeno para privilegiar una dimensión de análisis. Esa elección trasluce a su vez el peso de factores históricos, tradiciones de estudio o preferencias personales de autores. Sobre ello ejerce además influjo el dominio de escuelas geográficas (Europa y Estados Unidos) cuya producción se asimila, sin leer a conciencia las perspectivas alternas, como puntos normativos de inflexión. Plantear, como he hecho aquí, los múltiples y contrastantes abordajes de la bibliografía más reconocida tiene entonces algunas consecuencias importantes:

- La literatura anglosajona, ciertamente la más difundida, no subsume todas las luces teóricas. Otro estado del arte, distinto a éste, tendría lugar si el trabajo incluyera avances pertenecientes a otras academias de estudio.
- Por encima de sus resabios normativos, la producción literaria contraría su pretensión universal. No hubo nunca un único modelo de partido, tampoco una evolución lineal o ineludible de sus estructuras, mucho menos un solo procedimiento de análisis que arrojara un diagnóstico absoluto. De ello —quise mostrarlo también— es un ejemplo sintomático la irresuelta relación partidos-democracias. Algunos no encuentran en ella ningún problema toda vez que, siendo lo que son, los partidos instauran el juego electivo entre competidores políticos sin importar demasiado la calidad de sus ofertas (Schumpeter, Downs). Para otros, la propia naturaleza partidista destruiría los mejores ideales democráticos (Michels). A caballo entre estas posiciones, Kirchheimer, y más cercanamente Linz (2002), interpretan la disyunción partidos-sociedad como un proceso de corresponsabilidad donde la desidia ciudadana por la política tendría como contraparte el encapsulamiento partidista en intereses reducidos. En el fondo, aunque trascendiendo los alcances de este texto, el debate (teórico y no menos político) por la misma definición de la democracia incide en la mutua ignorancia con la que a veces los distintos enfoques conceptuales parecen crecer.

- Si la literatura hegemónica precisa para su mejor uso un análisis crítico y no una recepción irreflexiva, la fama académica pero también mediática de la hipótesis de la crisis partidaria constituye una excelente ocasión para ello. A manera de informe presenté aquí la hechura y la posterior oposición a esta hipótesis: crisis/declive *versus* crisis/resurgimiento. Personalmente creo que quienes exaltaron la virtuosa capacidad adaptativa de los partidos, demostraron mejor puntería. Con todo, el debate (retomado hace poco por quienes combatieron por enterrarlo) posee zonas grises que confirman la necesidad de mayores y mejores controles empíricos.
- Los aportes frescos, concretamente el de la supuesta aparición de un partido cartel, resaltan la urgencia del trabajo empírico al que antes aludía. ¿Por qué y en qué circunstancias los partidos se desplazan de un *tipo* a otro?, ¿por qué algunos partidos pueden ir en una dirección y otros en otra?, ¿qué influencia tienen sobre ello aspectos contingentes como el sistema de partidos, la legislación electoral, la cultura política de un país? Por ahora inexistentes en el análisis teórico de Katz y Mair, estos factores recuerdan una tensión inherente a las ciencias sociales que la literatura partidista lleva consigo: generar un modelo dominante de partido al que los partidos en particular se ajustan (teoría de gran alcance) o, por el contrario, desarrollar un esquema clasificatorio de los distintos tipos de partidos contemporáneos (teoría de rango medio).

Bibliografía

- Alcántara, Manuel, 2004, *¿Instituciones o máquinas ideológicas? Origen, programa y organización de los partidos políticos latinoamericanos*, Barcelona, ICPS.
- Aldrich, John, 1995, *Why parties? The Origin and Transformation of Political Parties in America*, Chicago, University Press.
- Appleton, Andrew y Daniel Ward, 1995, “Measuring Party Organization in the United States. An Assessment and a New Approach”, *Party Politics*, 1(1), Reino Unido.
- Bartolini, Stefano, Daniel Caramani y Simon Hug, 1998, *Parties and Party Systems: A Biographical Guide to the Literature on Parties and Party Systems in Europe since 1945* (CD-Rom), Londres, Sage.
- Beyme, Klaus von, 1986 [1982], *Los partidos políticos en las democracias occidentales*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Biezen, Ingrid van, 2003, *Political Parties in New Democracies. Party Organizations in Southern and East-Central Europe*, Londres, Palgrave Macmillan.
- Blondel, Jean, 1978, *Political Parties. A Genuine Case for Discontent?*, Londres, Wildwood.

- Burin, Frederic y Kurt Shell, 1969, *Politics, Law, and Social Change. Selected Essays of Otto Kirchheimer*, Nueva York, Columbia University Press.
- Cavarozzi, Marcelo y Juan Abal (comps.), 2002, *El asedio a la política. Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*, Buenos Aires, Konrad Adenauer/Homo Sapiens.
- Charlot, Jean, 1987 [1971], *Los partidos políticos*, México, Hispánicas.
- Crewe, Ivor y David Denver (eds.), 1985, *Electoral Change in Western Democracies. Patterns and Sources of Electoral Volatility*, Nueva York, St. Martin's Press.
- Crotty, William, 2006, "Party Origins and Evolution in the United States", en Richard Katz y W. Crotty (eds.), *Handbook of Party Politics*, Londres, Sage.
- Daalder, Hans, 1983, "The Comparative Study of European Parties and Party Systems: an Overview", en H. Daalder y Peter Mair (eds.), *Party Systems. Continuity and Change*, Londres, Sage.
- Dalton, Russell, et al. (eds.), 1984, *Electoral Change in Advanced Industrial Democracies: Realignment or Dealignment?* Princeton, UP.
- Detterbeck, Klaus, 2005, "Cartel Parties in Western Europe?", *Party Politics*, 11(2), Reino Unido.
- Diamant, Alfred, 1952, "Les partis politiques", *The Journal of Politics*, 14(4), Estados Unidos.
- Dittrich, Karl, 1983, "Testing the Catch-all Thesis: Some Difficulties and Possibilities", en H. Daalder y P. Mair (eds.), *Party Systems. Continuity and Change*, Londres, Sage.
- Downs, Anthony, 1973 [1957], *Teoría económica de la democracia*, Madrid, Aguilar.
- Duverger, Maurice, 1957 [1951], *Los partidos políticos*, México, FCE.
- Epstein, Leon, 1967, *Political Parties in Western Democracies*, Nueva York, Praeger.
- Flanagan, S. y R. Dalton, 1984, "Parties under Stress: Realignment and Dealignment in Advanced Industrial Societies", *West European Politics*, 7(1), Reino Unido.
- Freidenberg, Flavia y Steven Levitsky, 2007, "Organización informal de los partidos en América Latina", *Desarrollo Económico*, 46(184), Argentina.
- Gunther, Richard y Larry Diamond, 2001, "Types and Functions of Parties", en L. Diamond y R. Gunther (eds.), *Political Parties and Democracies*, Baltimore, The John Hopkins University Press.
- Gunther, R., José Ramón Montero y Juan Linz (eds.), *Political Parties: Old Concepts and New Challenges*, Oxford, University Press.
- Hodgkin, Thomas, 1961, *African Political Parties*, Londres, Penguin.
- Inglehart, Roland, 1977, *The Silent Revolution. Changing Values and Political Styles among Western Publics*, Nueva Jersey, Princeton University Press.
- Janda, Kenneth, 1993, "Comparative Political Parties: Research and Theories", en Ada Finifter (ed.), *Political Science: The State of Discipline II*, Washington, American Political Science Association.
- Katz, R. y P. Mair, 2002, "The Ascendancy of the Party in Public Office: Party Organizational Change in Twentieth-Century Democracies", en R. Gunther, José Ramón

- Montero y Juan Linz (eds.), *Political Parties: Old Concepts and New Challenges*, Oxford, University Press.
- Katz, R. y P. Mair, 1995, “Changing Models of Party Organization and Party Democracy. The Emergence of the Cartel Party”, *Party Politics*, 1(1), Reino Unido (traducción en *Zona Abierta*, 2004, 108/108, Madrid).
- Katz, R. y P. Mair, 1994, *How Parties Organize: Change and Adaptation in Party Organizations in Western Democracies*, Londres, Sage.
- Katz, R. y P. Mair (eds.), 1992, *Party Organizations: A Data Handbook on Party Organizations in Western Democracies*, Londres, Sage.
- Katz, R. y W. Crotty (eds.), 2006, *Handbook of Party Politics*, Londres, Sage.
- Katznelson, Ira y Helen Milner (eds.), 2002, *Political Science: The State of Discipline*, Washington, American Political Science Association.
- Key, Vladimir, 1962 [1955], *Política, partidos y grupos de presión*, Madrid, Estudios Políticos.
- Kirchheimer, Otto, 1966, “The Transformation of the Western European Party System”, en LaPalombara, Joseph y Myron Weiner (eds.), *Political Parties and Political Development*, Princeton, University Press (traducido como “El camino hacia el partido de todo el mundo”, en Kurt Lenk y Franz Neumann (eds.), 1980, *Teoría y sociología. Críticas de los partidos políticos*, Barcelona, Anagrama).
- Kirchheimer, Otto, 1954b, “Party Structures and Mass Democracy in Europe”, en F. Burin y K. Shell, *Politics, Law, and Social Change, Selected Essays of Otto Kirchheimer*, Nueva York, Columbia University Press.
- Kirchheimer, Otto, 1954a, “Notes on the Political Scene in Western Germany”, *World Politics*, 6(3), Reino Unido.
- Kitschelt, Herbert, 1989, *The Logics of Party Formation. Ecological Politics in Belgium and West Germany*, Londres, Cornell University Press.
- Koole, Ruud, 1996, “Cadre, Catch-all or Cartel? A Comment on the Notion of the Cartel Party”, *Party Politics*, 2(4), Reino Unido.
- Krehbiel, Keith, 1993, “Where is the Party?”, *British Journal of Political Science*, 23(2), Reino Unido.
- Krouwel, André, 2006, “Party Models”, en R. Katz y W. Crotty (eds.), *Handbook of Party Politics*, Londres, Sage.
- Krouwel, André, 2003, “Otto Kirchheimer and the Catch-all Party”, *West European Politics*, 26(2), Reino Unido.
- LaPalombara, Joseph y Myron Weiner (eds.), 1966, *Political Parties and Political Development*, Princeton, University Press.
- Lavau, George, 1953, *Partis politiques et réalités sociales*, París, Armand Colin.
- Lawson, Kay, 1976, *The Comparative Study of Political Parties*, Nueva York, St. Martin’s Press.

- Lawson, Kay y Peter Merkl (eds.), 1988, *When Parties Fail. Emerging Alternative Organizations*, Princeton, University Press.
- Lawson, Kay y Thomas Poguntke (eds.), 2004, *How Political Parties Respond. Interest Aggregation Revisited*, Nueva York, Routledge.
- Linz, Juan, 2002, “Parties in Contemporary Democracies: Problems and Paradoxes”, en R. Gunther, J. R. Montero y J. Linz (eds.), *Political Parties and Democracies*, Baltimore, The John Hopkins University Press.
- Lipset, Seymour y Stein Rokkan, 1967, “Cleavages Structures, Party Systems and Voter Alignments: and Introduction”, en S. Lipset y S. Rokkan (eds.), *Party Systems and Voter Alignments*, Nueva York, Free Press (traducido en Albert Batlle [ed.], 1992, *Diez textos básicos de ciencia política*, Barcelona, Ariel).
- Lösche, Peter, 1997, “Anarquía levemente acoplada. Acerca de la situación actual de los partidos populares: el ejemplo del Partido Socialdemócrata alemán”, *Foro Internacional*, 37(1), México.
- Mair, P., 2006b, “Party System Change”, en Richard Katz y W. Crotty (eds.), *Handbook of Party Politics*, Londres, Sage.
- Mair, P., 2006a, “Ruling the Void. The Hollowing of Western Democracy”, *New Left Review*, 42, Estados Unidos, (traducido en *New Left Review*, edición en español, núm. 1 de 2007).
- Mair, P., 1997, *Party System Change. Approaches and Interpretations*, Oxford, Clarendon.
- Mair, P., 1993, “Myths of Electoral Change and the Survival of Traditional Parties”, *European Journal of Political Research*, 24(2), Holanda.
- Martínez, Víctor, 2008, *Modelos post-clásicos de partidos. Un estudio de los estudios contemporáneos 1990-2007* (investigación postdoctoral, UNAM, próxima publicación).
- Martínez, Víctor, 2007, “Partido catch-all”, en Francisco Aparicio (comp.), *Grandes temas para un observatorio electoral ciudadano*, vol. 3: *Sistema político electoral*, México, IEDF.
- McKenzie, Robert, 1960 [1958], *Partidos políticos británicos*, Madrid, Taurus.
- Merriam, Charles, 1922, *The American Party System*, Nueva York, Macmillan.
- Michels, Robert, 1962 [1911], *Los partidos políticos*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Montero, J.R. y R. Gunther, 2002, “Reviewing and Reassessing Parties”, en Gunther, R., J.R. Montero y J. Linz (eds.), *Political Parties: Old Concepts And New Challenges*, Oxford, University Press (traducido en *Revista de Estudios Políticos*, 2002, 118, Madrid).
- Neumann, Sigmund, 1965 [1956], *Partidos políticos modernos*, Madrid, Tecnos.
- Ostrogorski, Moisei, 1964 [1902], *Democracy and Organization of Political Parties*, Nueva York, Anchor Books.
- Panebianco, Angelo, 1990 [1982], *Modelos de partido*, Madrid, Alianza.
- Poguntke, T., 1987, “New Politics and Party Systems: the Emergence of a New Type of Party?”, *West European Politics*, 10(1), Reino Unido.

- Pomper, Gerald, 1992, "Concepts of Political Parties", *Journal of Theoretical Politics*, 4(2), Reino Unido.
- Randall, Vicky y Lars Svåsand, 2002, "Party Institutionalization in New Democracies", *Party Politics*, 8(1), Reino Unido.
- Reiter, Howard, 1989, "Party Decline in the West. A Skeptic's View", *Journal of Theoretical Politics*, 1(3), Reino Unido.
- Reveles, Francisco, 2008, *Partidos políticos en México. Apuntes teóricos*, México, UNAM/Gernika.
- Ruiz, Leticia, 2007, *La coherencia partidista en América Latina. Parlamentarios y partidos*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Sartori, Giovanni, 1980 [1976], *Partidos y sistemas de partidos*, Madrid, Alianza.
- Sartori, G., 2005, "Party Types, Organization and Functions", *West European Politics*, 28(1), Reino Unido.
- Scarrows, Susan, 2006, "The Nineteenth-Century Origins of Modern Political Parties: the Unwanted Emergence of Party-Based Politics", en R. Katz y W. Crotty (eds.), *Handbook of Party Politics*, Londres, Sage.
- Scarrows, Susan, 2002, "Party Decline in the Parties State? The Changing Environment of German Politics", en Paul Webb, David Farrell y Ian Holliday (eds.), *Political Parties in Advanced Industrial Democracies*, Oxford, University Press.
- Scarrows, Susan, 2000, "Parties without Members? Party Organization in a Changing Electoral Environment", en R. Dalton y Martin Wattenberg (eds.), *Parties without Partisans. Political Change in Advanced Industrial Democracies*, Oxford, UP.
- Schmitter, Phillippe, 2001, "Parties Are not what they once Were", en L. Diamond y R. Gunther (eds.), *Political Parties and Democracies*, Baltimore, The John Hopkins University Press.
- Schumpeter, Joseph, 1996 [1942], *Capitalismo, socialismo y democracia*, Madrid, Folios.
- Strøm, Kaare y L. Svåsand, 1997, *Challenges to Political Parties. The Case of Norway*, Michigan, Ann Arbor/Michigan Press.
- Van Cott, Donna Lee, 2007, *From Movements to Parties in Latin America. The Evolution of Ethnic Politics*, Estados Unidos, Cambridge University Press.
- Ware, Alan, 1996/2004, *Political Parties and Party Systems*, Oxford, University Press (traducido por Istmo, Madrid).
- Webb, Paul, 2005, "Political Parties and the Democracy: the Ambiguos Crisis", *Democratization*, 12(5).
- Webb, Paul, et al. (eds.), 2002, *Political Parties in Advanced Industrial Democracies*, Oxford, University Press.
- Weber, Max, 1979 [1922], *Economía y sociedad*, México, FCE.
- Weber, Max, 1967 [1919], "La política como vocación", en M. Weber, *El político y el científico*, Madrid, Alianza.

-
- Wildavsky, Aaron, 1959, “A Methodological Critique of Duverger’s Political Parties”, *The Journal of Politics*, 21(2).
- Wolinetz, Steven, 2006, “Party Systems and Party Systems Types”, en R. Katz y W. Crotty (eds.), *Handbook of Party Politics*, Londres, Sage.
- Wolinetz, Steven, 2004, Classifying Party Systems: Where Have all the Typologies Gone?, ponencia presentada en la Reunión Anual de la Asociación de Ciencia Política de Canadá, junio.
- Wolinetz, Steven, 2002, “Beyond the Catch-all Party: Approaches to the Study of Parties and Party Organization in Contemporary Democracies”, en R. Gunther, José Ramón Montero y Juan Linz (eds.), *Political Parties: Old Concepts and New Challenges*, Oxford, University Press.
- Wolinetz, Steven, 1991, “Party System Change: the Catch-all Thesis Revisited”, *West European Politics*, 14(1), Reino Unido.
- Wolinetz, Steven, 1979, “The Transformation of Western European Party Systems Revisited”, *West European Politics*, 2(1), Reino Unido.

Recibido el 15 de noviembre de 2007.
Aceptado el 06 de julio de 2008.